

T. 7.

P. 663.

S^{TA} MARTA, V.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SANTA MARTA, VÍRGEN.

Entre las santas mujeres que seguian á Jesucristo, y hacian abierta profesion de ser discipulas suyas mientras estuvo en esta vida mortal, fué una de las privilegiadas santa Marta, siendo igualmente de las mas distinguidas, no solo por su calidad y por la clase á que pertenecia entre los judios, sino particularmente por haber abrazado el estado de virginidad en que perseveró constante toda la vida.

En la de su hermana santa María Magdalena se dijo ya que era de distinguido nacimiento, tanto por su nobleza, como por los grandes bienes que habia heredado de sus padres, tocándole en las particiones las posesiones vecinas á Jerusalem, y entre ellas la casa ó castillo de Betania. El Evangelio constantemente la nombra siempre la primera, y por eso se cree que era la hermana mayor de la familia; por lo menos era la que llevaba el principal peso de la administracion y del gobierno. Era su carácter un genio dulce y amigo de hacer bien; un juicio maduro y ejemplar con una circunspeccion y una modestia, que la hacian amar y respetar. Universalmente estaba reputada por una doncella de gran mérito, y así en Jerusalem como en Betania se tenía general veneracion á su virtud. Estando su alma tan bien dispuesta, sin dificultad reconoció á Jesucristo por el Mesias verdadero, y gustó de su doctrina. Apenas le oyó, cuando hizo profesion de ser una de sus mas fieles discipulas. Con efecto lo fué; y la fervorosa ansia con que oia sus sermones, la docilidad con que seguia

sus consejos, la fidelidad con que ponía en práctica sus divinas lecciones, y la piedad con que se dedicó enteramente al servicio del Salvador, todo contribuyó á elevarla en poco tiempo á una eminente santidad.

Oyendo los elogios que de cuando en cuando hacia el Señor de la virginidad, y viendo lo mucho que le agradaba esta admirable virtud, muy presto se determinó á no admitir jamás otro esposo que al Esposo de las vírgenes; y como era tan constante en oír sus divinas instrucciones, practicó muy en breve lo mas elevado y lo mas perfecto del Evangelio. Entregóse, pues, á la soledad y al retiro, renunciadas las vanidades del mundo; y como su hermano Lázaro era ya uno de los discípulos del Salvador, y la conversion de su hermana Magdalena, en la que nuestra santa no tuvo poca parte, habia sido de tanta edificación á todos, el castillo de Betania se convirtió, por decirlo así, como en un pequeño monasterio. En él se observaba en todo cierto orden, y todo respiraba devocion. Ocupábase el tiempo en la oracion, en la lectura, en la labor y en obras de caridad; por lo cual la casa de Betania era el hospedaje ó el hospicio del Salvador en sus viajes.

Llegó en una ocasion á Betania el Hijo de Dios, volviendo de sus tareas evangélicas: tuvo Marta noticia de su venida; y saliendo á recibirle, le suplicó con instancia que se dignase no admitir otro hospedaje que el de su casa. Aceptó la oferta el Salvador, como quien tenia tan conocida la virtud de aquellas dos fervorosas discipulas. No es fácil explicar el gozo de toda aquella afortunada familia. Marta, que gobernaba la casa, tomó á su cargo la disposicion de todo, y por sus mismas manos quiso preparar y guisar la comida á su amado Maestro: el soberano huésped no dejó de reconocer la grande caridad y el fervoroso amor de las dos hermanas, recompensándolas libe-

ralmente con su dulce conversacion, y con las abundantes gracias que derramó en el corazon de aquellas dos santas almas.

María Magdalena, arrebatada toda de gozo por ver en su casa á su divino Salvador, y hambrienta de sus instrucciones, cuya dulzura habia gustado mas de una vez, y cuyo provecho habia experimentado, hallaba tanto gusto en oírle, que fué á sentarse á sus piés por no perder ni una sola palabra. Marta solo le podia percibir algunas, y esas con poca tranquilidad. Estaba tan afanada en regalar á su divino Maestro y á los de su comitiva, que andaba de un lado para otro dando sus órdenes, ya en esto, ya en aquello, y mostraba un poco de inquietud y sentimiento de que su hermana la dejase sola, y no la ayudase en nada. Con el ansia de que nada faltase en la mesa, y pareciéndole que ella sola no podia atender á todo, dió sus quejillas al Salvador: *dijole, pues, con respeto y con modestia, pero de un modo, que no dejaba de mostrar alguna inquietud: ¿Señor, no reparais que mi hermana me deja trabajar sola, sin echar mano á nada? suplicoos le mandeis que venga á ayudarme.*

La respuesta que el Señor le dió fué un misterio, y al mismo tiempo una leccion de mucha enseñanza para la vida espiritual: *Marta, Marta, muy cuidada andas y muy solícita. A la verdad alabo tu solícitud en servirme, pero condeno tu inquietud; todo lo que turba al alma, la disipa; y toda disipacion del corazon y del espíritu me desagrada; es menester servirme con fervor; pero en mi servicio nunca se ha de perder la paz del corazon. Tú te atormentas inútilmente, y quieres hacer demasiado; no es menester tanto para mi comida, basta un solo plato. Tu hermana María está mejor ocupada que tú: aunque no trabaja con las manos, no está ocioso su espíritu en medio*

de mostrarse tan tranquilo; está haciendo ahora lo mismo que ha de hacer por toda la eternidad; sirvele de regalo mi conversacion, y en ella goza lo mas delicioso que pueden gustar los hombres y los ángeles; de esta se ha de alimentar eternamente, y ninguno se la podrá quitar.

Aprovechóse maravillosamente santa Marta de una doctrina tan espiritual y tan perfecta, la cual, sin disminuir su apresurado ardor en servir al Salvador del mundo, la animó con un espíritu interior, que hizo mas pura y mas meritoria su virtud de la hospitalidad. No se contentó con disponerle la comida; quiso tambien tener la honra de servirle á la mesa, y acabada esta, le tocó su vez, y tuvo el consuelo de gozar despacio de su divina conversacion.

No fué esta la única vez que Jesucristo honró con su presencia aquella dichosa casa. Siempre que transitaba por Betania se hospedaba en ella, y por eso dijo el evangelista que esta santa familia era la querida del Salvador; por eso, luego que enfermó Lázaro, le dieron parte las dos hermanas de esta novedad. Hallábase el Señor en Galilea cuando llegó el expreso con la noticia de que se moria aquel su amado discipulo; dilató dos dias su partida muy de cuidado, para tener ocasion de hacer con él el mayor de sus milagros. Cuando Cristo llegó, ya habia cuatro dias que Lázaro estaba enterrado. Habian concurrido muchas personas del contorno á consolar á Marta y á Maria, y á darles el pésame de la muerte de su hermano; pero su mayor consuelo le esperaban de otra parte, y solo Jesus podia enjugar sus lágrimas.

Con efecto, luego que Marta tuvo noticia de que se acercaba, dejó prontamente á su hermana, y le salió al encuentro. Apenas le vió, cuando bañada en lágrimas, le dijo: *Señor, si hubiérais estado aquí, no se hubiera muerto mi hermano; pero no desconfío de verle*

resucitado; porque sé que Dios no te puede negar cosa que pidas. ¿Estás cierta, respondió Jesus, que tu hermano resucitará? Si, Señor, replicó Marta, segura estoy de que resucitará en el dia de la resurreccion general con todos los demás que murieron desde el principio del mundo. Queriendo entonces el Señor fortificar mas y mas la fe y la confianza de Marta, le dijo que, estando tan segura de su amor, como lo estaba, debia esperar que antes de aquel dia restituiria la vida á su hermano; que no ignoraba tenia poder para hacerlo; que obraba los milagros por su propia virtud, sin tener necesidad de pedir nada á nadie; y en fin, que los muertos conocian muy bien su voz, que la respetaban y la obedecian como á voz de su soberano dueño, autor supremo de la vida. ¿Ignoras por ventura, añadió el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida, y que los que creen en mi vivirán eternamente? ¿Marta, crees esto? Si, Señor, si, respondió la santa, creo firmemente todo cuanto tú dices, porque estoy bien persuadida muchos dias ha, que tú eres el Mesias, único Hijo de Dios vivo que esperamos, y que en fin veniste al mundo, como estaba profetizado que habia de venir el Mesias para salvar á los hombres. No parece menos sublime ni menos generosa esta confesion, que la que el Padre Eterno inspiró á san Pedro, y le mereció aquellos eminentes privilegios y singulares favores con que le honró el Señor; y si las lágrimas de la Magdalena, que ya estaba presente, advertida de su hermana, le movieron á la resurreccion de Lázaro, no tendria en ella menos parte la generosa y viva fe de Marta. Mandó efectivamente Jesus remover la piedra que cerraba la entrada ó la boca del sepulcro; y como Marta le dijese que, habiendo ya cuatro dias que estaba encerrado, no podría menos de exhalar mal olor; no temas, le respondió el Salvador, y acuérdate de lo que te dije, que si tenias fe, presto verias el motivo

de tu dolor convertido en asunto de mucha gloria para Dios, y de admiracion á los hombres.

Tuvo Marta fe, y obróse el milagro. Fácil es imaginar cuánto seria el gozo de las dos santas hermanas cuando vieron resucitado á su hermano, y cuánto creceria su ternura y su inseparable adhesion á la persona del Salvador. Desde entonces no le perdieron de vista, sobre todo durante el tiempo de su pasion. Fué Marta una de aquellas santas mujeres que siguieron á Cristo hasta el Calvario, y despues de muerto, no se apartaron de su afligida Madre. Cada dia se mostraba Marta mas obsequiosa y mas amante de esta Señora; asistiala con sus bienes, serviala con respeto, y le tributaba muchos obsequios. No menos ferviente y generosa que Magdalena, concurrió con ella al sepulcro para rendir al cuerpo del Salvador los últimos honores; y tambien tuvo la dicha de ser de las primeras personas que le vieron despues de su resurreccion, asistiendo á sus instrucciones, y recibiendo cada dia nuevas gracias.

Despues que el Señor subió á los cielos, no se apartó santa Marta del lado de la santísima Virgen hasta la venida del Espíritu Santo, cuyos dones recibió en el cenáculo; y tambien tuvo parte en la persecucion que se suscitó contra los discipulos de Cristo, siendo desterrada de la Judea. No pudiendo los judíos sufrir la presencia de Lázaro, porque era un milagro visible, y un testimonio animado de la divinidad de aquel á quien ellos habian dado muerte ignominiosa, y no atreviéndose á quitarle la vida por temor de que segunda vez fuese resucitado con mayor afrenta suya, tomaron el medio término de meter toda aquella santa familia en un navío sin mástiles, sin timon, sin velas y sin aparejos, pareciéndoles el mejor arbitrio para deshacerse de ella el exponerlos en esta conformidad á merced de los vientos y de las olas; pero

la divina Providencia los habia destinado para la conversion de una nacion á quien amaba mucho. Ya se dijo en la vida de santa Magdalena cómo el navío arribó milagrosamente al puerto de Marsella, y las insignes conversiones que hizo aquella bienaventurada tropa en un pueblo que el mismo milagroso arribo del navío dispuso admirablemente para ser oidos con respeto y con asombro.

Es antigua y respetable tradicion, autorizada al parecer por la misma Iglesia, que santa Marta anunció la fe de Jesucristo en Marsella, en Aix, en Aviñon y en toda la baja Provenza, convirtiendo á muchos en todas partes. Dicese que, explicando á los pueblos de Aviñon las verdades de nuestra santa religion, un mozo que estaba en la otra parte del Ródano, deseoso ansiosamente de oirla, quiso pasar el rio á nado; pero arrebatado por la rapidez de la corriente quedó sumergido y ahogado: dieron noticia á la santa de esta desgracia; y mandando á unos pescadores que sacasen el cadáver, despues de una breve oracion le restituyó á la vida.

Hizo gran ruido este milagro; y movidos de él, así los vecinos de Tarascon como los pueblos comarcanos, acudieron á nuestra santa implorando su favor para que los librase de un monstruoso dragon que todo lo devoraba, y asolaba toda la campaña. Como la santa no tenia otro fin que el de la gloria de Jesucristo y la salvacion de las almas, conoció que un milagro haria impresion en el ánimo de aquellos gentiles. Pasó el rio Duranza, metióse en un bosque cercano, y halló al dragon que estaba devorando á un hombre. Hizo la señal de la cruz, rocióle con algunas gotas de agua bendita, atóle con su mismo ceñidor, y le llevó á la ciudad como si fuera un cordero. Atónito el pueblo, acudió á ver la maravilla, y despues de haber muerto al dragon á palos y á pedradas, se arroja-

ron todos á los piés de la santa, pidiéndole que no les abandonase. Como santa Marta sabia que su hermana Magdalena se habia retirado al desierto del santo Bálamo, ella escogió para su morada el que estaba antiguo á la ciudad de Tarascon, y se llamaba el Bosque negro. Luego acudieron á la santa muchas doncellas que habia convertido, resueltas á ser sus compañeras. Se dice que edificaron un monasterio, donde aquellas castas esposas de Jesucristo vivian como ángeles, bajo la direccion de la que habia sido huésped y discipula del Salvador.

Pero queriendo, en fin, el Señor premiar á su huésped y á su sierva, le reveló el día de su muerte, como tambien que su hermana Magdalena gozaba ya en el cielo de la gloria. Por espacio de un año ejerció su paciencia, y aumentó sus merecimientos una calentura lenta; y sabiendo que era ya llegada la hora de volver á juntarse con su divino Salvador, mandó la echasen sobre unas cenizas en presencia de sus hijas, y exhortándolas á la fiel perseverancia, pasó tranquilamente al descanso del Señor hácia el año 68 ó 70 de Jesucristo, teniendo, á lo que se cree, 65 de edad.

Su cuerpo fué trasladado á la ciudad, segun la opinion de los que sienten que el monasterio estaba fuera de ella, aunque otros juzgan que el lugar subterráneo donde se venera el día de hoy era la capilla ó el oratorio del mismo monasterio. Sea lo que fuere de esto, es cierto que es muy magnífica la tal capilla subterránea en que, segun la tradicion, se venera el santo cuerpo. Sobre ella está fundada la iglesia colegial dedicada á la misma santa, la que dotó ricamente el rey Clodoveo, habiendo sanado de un fuerte mal de riñones por la intercesion de santa Marta; y Luis XI le regaló un busto de oro en que está engastada su santa cabeza. Todavía se conserva en la

capilla subterránea, magníficamente adornada por la piadosa liberalidad de Monseñor Marinis, arzobispo de Aviñon, el antiguo sepulcro de la santa, cerca de un pozo, cuyas aguas se dice sanan de calenturas. Lo cierto es que las milagrosas curaciones que cada dia se experimentan en el sepulcro de santa Marta por intercesion de esta gran sierva de Dios, acreditan visiblemente lo mucho que puede con el Señor, y atraen á aquel santuario un gran concurso de gente. Es santa Marta protectora de los que se emplean en ministerios exteriores.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tarascon en la Galia Narbonense, santa Marta, vírgen, huésped de Nuestro Señor, y hermana de santa Maria Magdalena y de san Lázaro.

En Roma, en la via Aureliana, san Félix II, papa y mártir, que, echado de su silla en defensa de la fe católica por Constancio, emperador arriano, murió glorioso en Corvetto de Toscana, acuchillado en secreto. Su cuerpo fué levantado de allí por sus clérigos, y enterrado en la misma via; pero andando el tiempo fué trasladado á la iglesia de San Cosme y San Damian, y hallado debajo del altar por el papa Gregorio XIII, con las reliquias de los santos mártires Marco, Marceliano y Tranquilino. La vispera de las calendas de agosto fué nuevamente depositado en el mismo lugar con las mismas reliquias. En dicho altar se hallaron tambien los cuerpos de los santos mártires Abondo, presbítero, y Abundancia, diácono, que algun tiempo despues fueron llevados solemnemente la vispera de su fiesta á la iglesia de la Compañia de Jesus.

Tambien en Roma en el camino de Porto, san Simplicio, san Faustino y santa Beatriz, mártires en tiempo del emperador Diocleciano. Los dos primeros,

después de varios suplicios, fueron condenados á la pena capital, y su hermana Beatriz sufocada en la cárcel donde estaba por la confesion de Jesucristo.

Además en el mismo lugar, santa Lucila y santa Flora, vírgenes, san Eugenio, san Antonino, san Teodoro y diez y ocho compañeros, los cuales padecieron todos juntos un glorioso martirio bajo el emperador Galiano.

En Gangres en Paflagonia, san Colínico, mártir, quien, después de azotado con varillas y atormentado de otros modos, fué al fin echado en un horno, donde rindió el alma á Dios.

En Noruega, san Otavo, rey y mártir.

En Troyes, en Francia, san Lupo, obispo y confesor, que fué á Inglaterra con san German para impugnar la herejía de los pelagianos, y el mismo con sentidas razones preservó á Troyes del furor de Atila que devastaba toda la Galia. Por último, el santo murió en paz después de haber llenado admirablemente todos los deberes del episcopado.

En la ciudad de Saint-Brieuc, san Guillermo, obispo y confesor.

En dicho día, la muerte de san Próspero, obispo de Orleans.

En Todi, san Faústino, confesor.

En la ciudad de Mamia, santa Serafina.

En Dol en Bretaña, san Genevé, obispo regional, superior del monasterio de Dol después de san Buzeu.

En Roma, el martirio de santa Serapia.

Cerca de la misma ciudad, los santos mártires Abseodo y algunos otros.

La misa es en honor de la santa, y la oracion la siguiente.

Exaudi nos, Deus salutaris Oyenos, ó Dios, salud y vida noster; ut sicut de beatæ Mar- nuestra, para que así como la

thæ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

festividad de tu bienaventurada vírgen santa Marta nos llena de una santa alegría, así tambien nos consiga una piadosa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 10 y 11 de la segunda de san Pablo á los Corintios.

Frates : Qui gloriatur, in Domino gloriatur. Non enim qui seipsum commendat, ille probatus est : sed quem Deus commendat. Utinam sustineretis modicum quid insipientiæ meæ, sed et supportate me : Æmulor enim vos Dei æmulatione. Despondi enim vos uni viro, virginem castam exhibere Christo.

Hermanos : El que se gloria, gloriase en el Señor. Porque el que se recomienda á sí mismo, no es el que merece ser aprobado, sino aquel á quien recomienda Dios. Ojalá sufriéseis algun poco de mi ignorancia; pero con todo eso sufridme; porque yo os zelo por zelo que tengo de Dios. Puesto que os he desposado, para presentaros como una casta vírgen á un solo hombre, á Cristo.

NOTA.

« En esta segunda epístola que escribe san Pablo » á los Corintios hace su apología contra los falsos » profetas; dalos á conocer por lo que son, y se lastima » de la necia credulidad de los que los oían como á » oráculos; y porque se alaban á sí mismos descaramente, les dice que ninguno se debe gloriar sino » en el Señor. »

REFLEXIONES.

El que se gloria, gloriase en el Señor. Cuando se considera atentamente cuál es el objeto de nuestra ambicion, en qué consiste, y qué sustancia tiene la gloria por que se anhela, se conoce bien la pobreza del hombre, la bajeza de su espíritu y el apocamiento de su corazon; porque al fin, ¿de qué se hace gloria

en el mundo? De un nacimiento noble, de un nombre ilustre, de contar muchos hombres grandes entre sus antepasados; se hace vanidad de poseer grandes bienes, de gozar gruesas rentas, de vivir en un suntuoso palacio, de tener magníficas carrozas, de ser discreto y despejado, de brillar en una conversacion. Una mujer hace vanidad de sus galas, de su bizarría, de su hermosura, y muchas veces de ser conquistadora y cortejada. Hácese vanidad de la destreza en el juego, del primor en el baile, de los talentos, de la sabiduría, de la erudicion. En fin, de todo lo que á cada uno le puede distinguir de los demás. Ea, pues, miremos de cerca estos objetos, y por su pequeñez, por su insustancialidad y por su poca consistencia haremos juicio de nuestros errores y de nuestra extravagancia. Para gloriarse y alabarse, es preciso suponer algun mérito; porque sería notoria locura hacer vanidad de lo que no tenemos, ó de los que son defectos verdaderos. ¿Pues qué mérito comunica á un hombre que ninguno tiene personal la virtud de un abuelo, que si volviera al mundo le desconocería por descendiente suyo? ¿qué mérito comunica á un necio una larga serie de ilustres antepasados? Esos retratos antiguos que te están poniendo á la vista el valor y la virtud de tus padres, ¿te pegan algo de aquellas grandes almas? ¿puede haber necedad mas lastimosa que gloriarse de que se lee en las historias el nombre de su casa, de que sus ascendientes fueron valerosos, esforzados, rectos y virtuosos? ¿dónde hay gloria mas extraña, ni que nos caiga mas por defuera? ¿y qué mérito dan las ricas posesiones, fruto de la industria, y acaso de la injusticia de los que te las dejaron? ¿esas grandes ganancias y esas fortunas rápidas serán motivo digno para gloriarse y para envanecerse? Es verdad que te sacaron del polvo, que te elevaron á la cumbre, y acaso á tanta altura, que se te anda la cabeza;

pero ¿dan algun mérito á quien solo se sirve de sus bienes para ser peor? Una dama moza, muy pagada de su hermosura y de sus diamantes, ¿tendrá mucha razon para envanecerse? La hermosura mas consiste en la imaginacion que en la realidad; está dependiente de los gustos; y por otra parte, ¿qué cosa mas frágil? es una flor que cualquiera accidente la marchita, y la edad necesariamente la acaba. Una calentura de veinte y cuatro horas basta para desfigurar enteramente la mas cabal hermosura; y de cosa tan caduca ¿se podrá gloriarse ninguna mujer de entendimiento? Por lo menos, será gloria bien superficial, gloria bien vana, pues toda su hermosura consiste en algunos rasgos mas ó menos delicados, puestos en mejor orden, que cualquiera lijero accidente descompone y desconcierta. No es mas sólido el mérito de un vestido magnífico, de una ostentosa gala; en separando á un lado el artificio y la habilidad del sastre, y en echando á otro el valor de la tela, ¿qué sustancia de gloria quedará para una mujer ó para un hombre, cuyo mérito todo consiste en el vestido? En fin, algun mérito dan los talentos y el ingenio; pero si ese ingenio y esos talentos no están acompañados de la virtud y de la inocencia, ¿en qué se fundará la gloria? No hay demonio que no tenga cien veces mas entendimiento que el hombre mas sabio y mas capaz. *Por otra parte, ¿qué tienes que no hayas recibido, dice el Apóstol; y si lo has recibido, de qué te glorias?* De todo lo dicho es forzoso concluir que en sola la virtud consiste la verdadera gloria; y que el que se quiera gloriarse, solo se ha de gloriarse en el Señor.

El evangelio es del cap. 10 de san Lucas.

In illo tempore, intravit
Jesus in quoddam castellum,
et mulier quædam Martha no-

En aquel tiempo entró Je-
sus en cierto castillo, y una
mujer llamada Marta le recibió

mine, excepit illum in domum suam; et huic erat soror nomine Maria, quæ etiam sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius. Martha autem satagebat circa frequens ministerium: quæ stetit, et ait: Domine, non est tibi curæ, quod soror mea reliquit me solam ministrare? Dic ergo illi, ut me adjuvet. Et respondens, dixit illi Dominus: Martha, Martha, sollicita es, et turbaris erga plurima. Porro unum est necessarium. Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.

en su casa: y esta tenia una hermana llamada María, la cual tambien, estando sentada á los piés del Señor, oia sus palabras. Marta, pues, cuidaba de las haciendas de la casa; y presentándose al Señor, le dijo: Señor, ¿no cuidas de que mi hermana me deja sola en el trabajo? Dila, pues, que me ayude. Y respondiendo el Señor, le dijo: Marta, Marta, tú estás sollicita y distraida en muchas cosas, y á la verdad sola una es necesaria. María eligió la mejor parte, la cual no le será quitada.

MEDITACION.

QUE, HABLANDO CON PROPIEDAD, SOLA UNA COSA ES NECESARIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que entre tantas cosas como nos ocupan, nos inquietan y nos fatigan en esta vida, sola una, hablando con propiedad, una sola es absolutamente necesaria; esta es, conseguir la salvacion. Háyase hecho bien todo lo demás; obligaciones del estado, negocios de la mayor importancia, comercio lucrativo, comisiones de mucha honra, grandes empleos, cargos considerables; aunque todo esto se haya desempeñado con la mayor felicidad, si no se logra la salvacion, nada se hizo, empleóse inútilmente el tiempo, estragóse la salud, y se consumieron los dias vanamente. No es este un piadoso pensamiento de las almas devotas y timoratas, es una verdad eterna, es lo que todos pensarán y todos sentirán por toda la

eternidad. No nos engañemos voluntariamente; aun antes que llegue la eternidad, todos convenimos en este punto. Esos grandes del mundo, esas gentes de negocios, esos mismos hombres que solo atienden á sus intereses y á sus gustos, esas mujeres profanas, empleadas total y únicamente en bagatelas; todos y todas antes de morir conocen que su grande y su único negocio es el negocio de la salvacion. ¡Mi Dios, qué arrepentimientos y qué lágrimas costará algun dia este conocimiento!; con qué dolor, con qué desesperacion se verá por toda la eternidad que lo que en vida fué objeto de nuestros deseos, materia de nuestros cuidados y de nuestros afanes, no merecia siquiera nuestra atencion!; Qué dolor, cuando se verá que lo que llamábamos obligaciones de buena crianza, ocupaciones indispensables, negocios de importancia, por la mayor parte eran vanos entretenimientos, y que del negocio de la salvacion no se hizo caso, dejándole para el fin de la vida como si fuera el menor de todos los negocios, y ni aun tratándole como negocio; cuando se verá, digo, que este era el único negocio que merecia toda nuestra atencion, y pedia toda nuestra aplicacion y vigilancia! Sin embargo, este gran negocio se postergó á todos los gustos, á todas las diversiones y á todas las inutilidades de la vida; para todo hubo tiempo menos para trabajar en la salvacion; se quiso mas perderle, malograrle en una tediosa ociosidad, en no hacer nada, que emplearle en pensar y en trabajar para aquella; todo se nos figuró indispensable; diversiones, entretenimientos frivolos, visitas excusadas, todo pareció necesario menos aplicarse al negocio de la salvacion; y entre tanto, todo fué inútil, todo se perdió si no se salió bien con este negocio. ¡Ah mi Dios, qué amargos son estos arrepentimientos cuando llegan tan tarde!